

Pedro Mañas

David Sierra Listón

Anna KADABRA

La llamada de las sirenas



DESTINO

Anna
KADABRA

The title 'Anna KADABRA' is rendered in a playful, pink, cursive font. The word 'Anna' is positioned above 'KADABRA'. The letter 'K' in 'KADABRA' is decorated with a black and white striped broomstick handle. The letter 'A' at the end of 'KADABRA' is topped with a black witch's hat. There are three pink stars: one above the first 'A' in 'Anna', one between the two 'A's in 'Anna', and one between the 'B' and 'A' in 'KADABRA'.

La llamada de las sirenas

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Pedro Mañas, 2022
© de las ilustraciones: David Sierra Listón, 2022
Maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2022
ISBN: 978-84-08-26009-7
Depósito legal: B. 12.649-2022
Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





¡Ay, menos mal, por fin te encuentro!

Pensé que iba a perderte entre tanta gente.
Jamás había visto la primera página tan
abarrotada.

No, no es que esta historia ocurra en las
rebajas. Al contrario, todo comenzó en un sitio
precioso y alejado de nuestro pueblo: una gran
playa de arena dorada.

Para ser sincera, lo mismo podría haber sido rosa fosforito. Y es que hasta el último centímetro de arena estaba cubierto de toallas, sombrillas, flotadores y, sobre todo..., de turistas.

Ellos, más que dorados, se veían churruscados como pollos.

Claro que lo mío era peor. Yo sudaba igual que un pingüino con anorak.



—No te quejes —suspiró Marcus Pocus, mi mejor amigo—. ¡Con lo que nos ha costado llegar aquí!

Marcus no se refería al atasco en la carretera. Lo realmente difícil había sido convencer a nuestros padres para que nos dejaran pasar juntos la última semana de vacaciones.

El verano pasado, mis amigos del Club de la Luna Llena y yo nos fuimos de campamento. Después de todo un curso estudiando magia, necesitábamos un poco de relax.

¿Habíamos logrado descansar? Ni medio minuto. ¿Queríamos repetir? ¡Pues claro!

El problema es que esta vez la abuela de Ángela Sésamo no podía acompañarnos en su coche. Apenas le quedaba tiempo entre su curso de alpinismo y el de bailes tropicales.

Es que es una abuela todoterreno. Solo le falta el tubo de escape.

Los padres de Marcus Pocus y de Sarah Kazam también estaban ocupados. Al pedirselo a los míos, mamá se puso blanca como el fantasma de un oso polar.

—¿Un viaje en coche? —murmuró—. ¡Ay, qué horror, me mareo solo de pensarlo!

No sé qué le ocurría, pero últimamente se mareaba por todo. Debía de ser el calor. Me preparé para pasar el resto del verano en mi cuarto aprendiendo a conjurar granizados.

Fue entonces cuando ocurrió algo increíble. Algo tan mágico que parecía cosa de brujas.

Bueno, de una sola bruja: ¡Madame Prune, la jefa de nuestro club, se ofreció a acompañarnos!

—Oh, pensaba ir a la playa este año —nos



explicó—. Podéis venir conmigo si vuestros padres os dan permiso.

A mi familia no le haría gracia que fuera de vacaciones con una poderosa bruja... pero no pondría inconveniente en que nos acompañase mi tutora de la escuela.

Y Madame Prune, por suerte, era las dos cosas.

—¡Gracias, profe! —gritamos, lanzándonos a abrazarla con entusiasmo.



Con demasiado entusiasmo, porque la pobre acabó en el suelo. Mientras ella se disparaba un hechizo calmante en el trasero, yo exclamé:

—¡Qué bien, otra vez los cuatro aprendices juntos!

—Los cuatro no —replicó Ángela, guiñando un ojo—. ¡Los cinco!

¡¿Cinco?! Extrañada, levanté las manos para echar cuentas. O Ángela no sabía matemáticas, o a mí me sobraba el dedo pulgar.